

Narrativas de ingreso a la institución policial

El relato autobiográfico como metáfora de la trayectoria grupal

Narratives of entering to police institution. The
life story as a metaphor of the group tradition

Mariana Sirimarco*

Resumen

Este trabajo explora las *narrativas* que el personal policial construye sobre su ingreso a la institución, entendiendo que estos relatos biográficos -lejos de ser un testimonio subjetivo- se encuentran atravesados y moldeados por el entorno del que el sujeto es parte. Se trata de entender que la narración

* Doctora en Antropología. Conicet-Equipo de Antropología Política y Jurídica, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, Sección de Antropología Social. Puán 480, 4to piso, oficina 467. E-mail: maikenas@yahoo.com.ar

de la propia vida se construye como un relato social, por medio del cual el individuo articula su historia personal con la historia grupal. Así, el relato biográfico opera como una metáfora de la trayectoria del grupo.

Palabras clave: historia de vida, relato autobiográfico, trayectoria grupal.

Abstract

This article explores the *narratives* that police members build about their entry to the institution, understanding that those biographic stories are not subjective testimonies but stories molded by the environment in which the person is immersed. I propose that the account of the own life is build as a social story, by which the person coordinate its personal story with the story of the group. Thus, the life story functions as a metaphor of the group tradition.

Keywords: life story, autobiographic story, group tradition.

Introducción

“¿Qué quiero hacer yo? Ah, era verdad que quería ser policía, mirá vos... No, pero los amigos del barrio, la gente, qué va a decir, yo que rompía vidrios. ¡Por Dios! Que jugaba a la pelota en la esquina y cagaba a pelotazos a las viejas. ¿Y ahora quiero ser policía? No, no puede ser, debo estar equivocado”.

Cuando Leandro (nombre ficticio) me contaba estas cosas cumplía el “Curso Preparatorio para Agentes” en la Escuela para Suboficiales y Agentes de la Policía Federal Argentina (PFA): el nivel básico en la carrera del personal subalterno y, en tal

sentido, el primer contacto con la institución policial¹.

Me contaba, también, que el primer día de clase, cuando después de formarse en el playón de la Escuela y ser asignados a distintas Compañías, cada una se retiraba con su Jefe correspondiente, el suyo les decía, a modo de bienvenida, que ellos eran “un montoncito de mierda”, y que de ese montoncito de mierda iba a sacar “Señores Agentes de Policía”. “Yo recibí 267 -insistía-, y voy a entregar a la sociedad 267 Agentes de Policía”.

Así las cosas, el “Curso Preparatorio para Agentes” bien puede entenderse como un espacio de socialización institucional mediante el cual se opera el paso de “soretitos” a “Señores Agentes de Policía”. O, lo que es lo mismo, como un período transformativo que construye sujetos policiales, construcción que implica, para su efectividad, la previa destrucción de lo civil (Sirimarco 2004, 2005, 2006).

Como el discurso de este Jefe de Compañía evidencia, para la PFA existe, entre la sociedad civil -ese “montoncito de mierda”- y ella misma, una separación tajante y absoluta, producto tal vez de considerar que “ser policía no es un trabajo, es un estado”. Como Leandro explicaba, ellos son las 24 horas de su vida policías (ya que aún cuando están de franco tienen la obligación de actuar), durante los

25 años que puede durar el servicio, ya que sólo se sale antes de la Policía por baja o defunción.

Entrar a la PFA significa, por lo tanto, olvidarse de “un montón de cosas que hacés y hacías cuando eras civil”, y aprender que lo que “hiciste en el pasado, ya fue”. El “ser policía” se revela, entonces, como una característica identitaria: es el self que estructura su vida completa; es a partir de su “estado policial” que ellos elaboran su “ser en el mundo”. Así las cosas, el “ser policía” no puede ser sino una identidad excluyente: en una relación que los convierte en términos casi antagónicos, ser uno de ellos es -según la visión policial- inmediatamente no ser el otro (Sirimarco 2004).

Si entendemos que esta tensión que crean entre el afuera-adentro impregna fuertemente el proceso de socialización seguido por los miembros de la fuerza, y es una de las pautas que permite construir en ellos a los futuros sujetos policiales, cabe preguntarse cómo construyen ellos este proceso de cambio. Esto es, ¿qué consecuencias suponen los marcos y procesos de significación que se activan durante el Curso para pensar y representar -ante otros y ante sí mismos- su nueva identidad?

El relato de Leandro no es un relato aislado². Muchos de los elementos que lo componen resultan recurrentes en las historias contadas por otros Aspirantes. Tal vez sea pertinente suponer, con esto, que el paso por el Curso suscita en ellos experiencias y vivencias

¹ El Curso propiamente dicho dura aproximadamente seis meses, durante los cuales los Aspirantes -así son llamados los ingresantes- son educados en dos grandes áreas: Instrucción (entrenamiento físico-práctico) y Aula (cursado de materias teóricas). De él se egresa como Agente, jerarquía básica dentro del cuadro de Suboficiales.

² Este trabajo no pretende brindar una conceptualización exhaustiva sobre las discusiones que atraviesan el campo de las historias de vida. Pretende, solamente, servirse de algunos de los desarrollos planteados en esta área para esbozar un acercamiento a tales relatos y sus implicancias.

similares. O tal vez no haya que olvidar, como indica Cavallaro, que “la historia de vida es una *historia*”, quien alude con las cursivas a su pertenencia dentro del “universo de la experiencia narrativa” (2000: 66).

En este sentido, lo importante no radica en establecer si los detalles que brinda Leandro en su relato son verdaderos, si los sucesos que cuenta se ajustan a la realidad, o si realmente experimentó lo que dice haber experimentado. Lo importante no es entonces la veracidad de lo vivido, sino el relato que construye de él. Tampoco el énfasis se apoya en tratar de determinar si la mayoría de los Aspirantes sienten lo mismo, viven e interpretan lo mismo a través de su paso por el Curso. Más interesante resulta, en cambio, preguntarse por qué todos eligen rescatar esos elementos (y no otros) a la hora de contar sus vivencias durante ese período.

Teniendo esto en cuenta, mi acercamiento a los relatos de los Aspirantes en general, y de Leandro en particular, no puede dissociarse de entender que éstos se construyen como una *narrativa*. Esto es, como una forma genérica que se desenvuelve según ciertas coordenadas prefijadas y ciertos *topoi* específicos. Como Peacock y Holland (1993) señalan, el self es menos una fuente de narración que un producto de ella: el self se convierte en discurso.

Afirmar esto implica sostener al menos dos cuestiones. La primera, bastante obvia, que los relatos de vida no pueden ser tratados como una representación directa de ésta (Frank 1979; Peacock y Holland 1993; Watson 1976). La segunda, que lejos de ser estos relatos un mero testimonio subjetivo, se encuentran atravesados y moldeados por el entorno

-social, institucional- del que el sujeto es parte. Entender a un sujeto -señala Watson (1989)- requiere tener en cuenta el contexto cultural en que está inmerso tanto como su posición en él. Pues es de uno y otro que el sujeto deriva un cierto sentido de identidad social. Comprender el relato de su vida implica, por ello, dar cuenta de ese diálogo que, formulado entre el sujeto y su contexto, le permite al primero explicitar su historia de vida. Pues, como sugiere Piña (1986), las claves mediante las que alguien crea y consume una imagen de sí mismo no hacen sino revelar las intersecciones entre estructura e individualidad³.

Mariana: ¿Y vos por qué entraste (a la Policía)?

Leandro: Buena pregunta...No, yo te digo, siempre quise. Siempre no, desde los 17 años para arriba, ponele.

M: ¿Y por qué?

L: Qué sé yo, siempre tuve una cosa, así...cómo te puedo explicar...que me molestan mucho ciertas cosas. El afano me molesta mucho, el descontrol al pedo me molesta mucho. Porque todos vamos a un recital, y gritamos, saltamos, bailamos, bárbaro. Pero que pasés caminando y rayés un auto, ¿qué culpa tiene el dueño del auto? O la viejita que viene con las cosas, y le afanan la cartera, y la tiraron y la desparramaron, y le duele la cabeza, está hecha mierda. Podría ser mi abuela. O todo tipo de delito. Me molesta, me molesta muchísimo. Nunca me decidía; siempre decía “no, porque esto, porque lo otro”. Yo quería ser oficial, no tenía el secundario terminado, entonces no podía. Cuando dije “mah, sí, bueno, voy a averiguar”, me entero que habían puesto -yo tenía hasta segundo año-hasta tercer año [del secundario]. Dije “me tengo que poner a estudiar, ya tengo 24 años, no es mucho, pero estoy laburando, estoy pagando un alquiler, estoy en pareja”. No es lo mismo que estar en tu casa, paveando. Me ponía dos millones de trabas. En una [de esas] conocí a un policía, que no sabía que era policía. Nos hicimos amigos, qué sé yo, un día le pregunto: “¿de qué laburás?”, “soy policía”,

³ La vinculación entre una y otra es, ciertamente, delicada. Si la construcción del relato de vida no es una narrativa completamente individual, lo contrario es igualmente cierto. Para una profundización de la cuestión de la individualidad en las historias de vida, consultar Watson (1989).

me dijo. Bárbaro, nos llevamos mejor todavía, porque ya le empecé a hinchar las pelotas, a preguntar, a preguntar. Y me dice “pero, ¿por qué no entrás, si te gusta?”, “porque tercer año, porque esto, que lo otro, y aparte ya estoy grande”.

Sostener que el relato de una vida -o de episodios de una vida- no es la vida misma, implica sostener entonces que dicho relato no constituye una forma estática, fijada de una vez y para siempre. Es, por el contrario, una construcción que se recrea en función del momento específico -experiencias, valores, comprensiones- desde el cual el narrador refiere su historia. Así, el relato de una vida -subraya Linde (1993)- es una unidad temporalmente discontinua contada en varias ocasiones y alterada para corresponderse con las ocasiones de habla específicas y para reflejar los cambios en las situaciones a largo plazo del narrador, en sus valores y sus comprensiones.

Pues conviene no olvidar que un relato se realiza siempre y necesariamente desde un tiempo presente, desde donde el sujeto repasa sus propios recuerdos. Es desde el ahora que uno se refiere al pasado para dar cuenta de él, es desde la actual mirada que se construye la mirada sobre y hacia ese pasado. En tal sentido, si lo que se dice se dice desde el *aquí* y *ahora*, lo que se implica es que “gran parte de lo que un sujeto es capaz de decir sobre sí mismo tiene más que ver con su actual caudal interpretativo, que con una reconstrucción de circunstancias y costumbres” (Piña 1986: 157). En otras palabras, que la relación de las representaciones pasadas con las actuales está simbólicamente mediada. Los relatos de vida resultan, así, recursos vitales para realizar inferencias sobre la actual experiencia de un sujeto (Frank 1979).

Lo que Leandro relata se constituye como indisociable de su rol de Aspirante. Es desde esta posición que valora e interpreta su acercamiento a la decisión de ser policía. Los elementos que resalta, en este proceso, no están resaltados fortuitamente. Antes bien, nos hablan a las claras de cómo quiere Leandro, en proceso a convertirse en policía, que se entienda la trayectoria que lo llevó a serlo. En este sentido, una clara imagen de tensión atraviesa su relato:

Porque yo tomé la decisión, pero me costó muchos años. Porque yo tuve la etapa de nene, que tienen todos, que quieren ser policías, bomberos, doctores. La etapa de más grande, que querés ser rebelde, y revolucionario, el Che Guevara, vamos a hacer quilombo, vamos a romper todo. Después tenés la etapa que bajás y madurás, entre paréntesis. Que entrás a laburar y ahí se te vuelven a veces las ideas de antes. Cuando ya pasaste todo ese pelotudeo, decís, “¿Qué quiero hacer yo? Ah, era verdad que quería ser policía, mirá vos”. Y después decís “no, pero los amigos del barrio, la gente, qué va a decir, yo que rompía vidrios. ¡Por Dios! Que jugaba a la pelota en la esquina y cagaba a pelotazos a las viejas. ¿Y ahora quiero ser policía? No, no puede ser, debo estar equivocado”. Y así pasa un año, dos años, tres años. Yo pude haber entrado a los 19. Tengo 25. Y así y todo, cuando me decidí, te puedo decir que es como ir a decirle a tus amigos que te hiciste puto. Es exactamente lo mismo. O sea, nunca tuve que ir a decirle a mis amigos que soy puto, pero es lo mismo. Las reacciones, las caras, los comentarios. Tenés de todo. Escuchás a algunos que te dicen: “ay, te metiste en la Policía, hay que tener huevos, la verdad que con todo lo que está pasando”. Viene otro y te dice: “qué hijo de puta, vos te querés rascar las bolas y encima robar plata, por eso te metiste”. Esa es la otra. Después, así, infinidades: “y, no servís para otra cosa, lo único que podés hacer es pararte en una esquina y rascarte la panza”. Con algunos te terminás meando de la risa, con otros te querés matar. Algunos se distancian, la familia que habla. Yo era el tipo...cómo te puedo decir...el típico esquinero de barrio. Yo iba a bailar a lugares pesaditos. Yo digo que no hay que arrepentirse de nada, todo es experiencia. Me di el gusto de hacerlo y me di cuenta que no me gustó.

El relato de una vida se lleva a cabo rescatando *selectiva y parcialmente* las memorias del pasado, en función de los intereses y necesidades del relato actual. Como sugiere Cavallaro, la memoria en la historia de vida procede según una técnica de sobre-posición entre olvido y recuerdo, censura y revelación, siguiendo una estructura de mosaico (2000). Al relatar, desde el presente, sucesos del pasado, es natural que la evocación opere diferencialmente, resaltando ciertos aspectos y opacando otros. La selectividad de los recuerdos es inevitable.

En este sentido, es interesante detenerse en las imágenes que Leandro desliza, desde su actual mirada, acerca de sus etapas previas a la institución policial. Desfilan entonces el *pibe rebelde*, *revolucionario*, el *quilombero* y el *esquinero de barrio*. Traer a colación estos sentidos le sirve para construir un pasado “normal”, con las etapas típicas *que tienen todos*. Quizás pueda entenderse que la construcción de ese pasado está íntimamente relacionada a mi interlocución. Quizás pueda entenderse que Leandro, atento a mi extrañamiento ante lo que me contaba, atento a mi posicionamiento y a mis valoraciones, elige enfatizar, en su relato, ciertos matices a partir de los cuales dar respuesta y explicación a esos cuestionamientos míos⁴.

El subrayar reiteradamente esa tensión entre la vocación policial que dice tener, y las dudas que le generó -hasta bastante entrado el Curso- el querer ser policía, bien puede ser entendido en tal sentido. Mediante la inclusión de este

elemento en su relato, Leandro se aproxima a mí, me muestra que nuestras dudas son -o fueron- similares, que él también reconoce la conflictividad que despierta el hecho de querer ser policía, y que ambos somos, en suma, semejantes.

Pero la inclusión de esta tensión le sirve, aún más, para construir una suerte de contraste entre su pasado (rebelde) y su presente (como policía). La reunión de estas imágenes del pasado no es gratuita. A través de ellas, Leandro enfatiza la separación entre un antes y un después de su ingreso a la PFA, poniendo de manifiesto la distancia que media entre ambas instancias. Y construyendo, en torno a esta distancia, la identidad de su presente como policía. Hablar de sí mismo es, entonces, estar construyendo, desde el propio movimiento del discurso, una imagen, y estar proponiendo, a través del recuerdo y el olvido, de la selección y el descarte, una auto-justificación de lo que se es o se llegó a ser (Piña 1986).

Pero cuando fui a pedir los papeles, el primer día, llegué caminando así, miré para adentro de la escalera y dije “¿qué estás haciendo?”. Me paré, me flashé ahí, “¿qué estoy haciendo?” Y bueno, después empezás a hacer todos los trámites, y es como que te cuesta una eternidad cada uno, entonces cada uno que hacés estás más convencido. Decís, “no, pará, llegué hasta acá”. Te digo, a veces acá en la Escuela te agarra el rollo de decir mah, sí, pido la baja y se van a la mierda.

Tal vez no sea arriesgado sugerir que Leandro se posiciona a través de este juego de resistencia y contrastación. Marcar esta oposición entre situaciones vivenciales diferenciadas dentro de su propia historia -el *esquinero de barrio* y el *Aspirante*-, y marcar esta recurrente contradicción entre querer ser policía y no estar seguro de querer serlo, quizás sea una manera de afirmarse identitariamente.

⁴ El abordaje hermenéutico enfatiza las historias de vida como instancias co-construidas por el producto del encuentro entre el relator y el oyente (Peacock y Holland 1993). No se trata aquí de llevar al extremo esta postura, sino de presentar la propia presencia como otro de los tantos elementos que pueden contribuir a la diagramación de un cierto relato.

Lo que de este juego de oposiciones resulta evidente es que Leandro construye su ingreso a la PFA como una suerte de *turning-point*: como un momento crucial en la historia de su vida, como un eje que marca claramente un antes y un después. Como Mandelbaum sugiere, este momento definitorio se produce cuando la persona asume un nuevo rol, entra en contacto con nuevos sujetos, y adquiere una nueva concepción de sí (cit. en Langness y Frank 1981). Este momento no es sólo un momento de cambio, sino más aún: es un momento fundante, que lo convierte en alguien distinto del que era, y que lo instauro como una nueva persona.

L: Yo subo a un colectivo, lo primero que hago, por costumbre ya, o sea, te lo van metiendo en la cabeza. Subís a un colectivo y lo primero que hacés es mirar. Estás poniendo las monedas, como cualquier otro, pero estás mirando a ver quién carajo está adentro del bondi. Que no haya...qué sé yo, que no esté pasando nada. Es como que estás a la expectativa, de que pasan cosas por todos lados. Entonces vos subís al bondi y mirás, mirás para todos lados. Después te sentás. ¿Adónde te sentás? Atrás. ¿Por qué? Porque querés mirar lo que pasa. Es todo el tiempo así, querés ver, querés ver...

M: Es insufrible, entonces.

L: No, porque yo no me doy cuenta.

M: No, pero ir por la calle así...

L: Sí. Pero me doy cuenta cuando por ejemplo voy con un amigo, o voy con mi mujer y me lo dicen. "Che, boludo, ¿qué mirás tanto? Dejá de joder". Vos decís, qué cosa, o sea, que vos no te diste cuenta en ningún momento, y venís mirando. Después, la otra vez, voy a comprar cigarrillos a un kiosko a la vuelta de mi casa, y la tipa, una piba atiende, y me dice:

-Sí, bien, ¿y usted?

Y la miré. ¿Usted?, si yo la conocía, aparte tiene mi edad. Digo:

-¿Por qué usted? -porque me sonó a agresivo, a feo.

-No, como ahora me trata de usted.

Y le digo:

-¿Yo? ¿Yo la trato de usted? -y encima le digo "¿yo la

trato de usted?". Y ahí caigo, ah, pará, la estoy tratando de *usted* en serio...

Esto, que Leandro me contaba ya a finales del Curso, no es sino la manifestación más evidente de su proceso de cambio. Gradual e imperceptiblemente, durante estos meses, el "extrañamiento" de los primeros tiempos deviene en normalidad, y las dudas previas dan paso a una firmeza antes impensada.

El espectro del cambio es amplio. El Aspirante no sólo cambia íntimamente -"aprendiendo" a entender lo antes incomprendible- sino que ese cambio se refleja al exterior, se extiende a su vida cotidiana y afecta la modalidad de sus relaciones sociales. Así, *por costumbre*, porque *te lo van metiendo en la cabeza*, Leandro adquiere una práctica que antes desconocía: el estar todo el tiempo mirando lo que pasa. Y lo que al principio del Curso rechazaba por creerla una rutina "chocante" y exagerada -presentarse, hablar y contestar elevando la voz; tratar a todo el mundo de usted- se vuelve una práctica cotidiana.

Si antes su preocupación al subir a un colectivo era tratar de conseguir un asiento libre, ahora es observar todo lo que pasa. Más que contarme su nueva habilidad, Leandro me está contando que poseerla supone un cambio radical, que este cambio fue en gran medida involuntario -"ah, pará, la estoy tratando de usted en serio"-, y que parece ser irreversible, en tanto subir a un colectivo y sólo mirar despreocupadamente buscando un asiento se adivina como una costumbre que ya no puede volver a ejercer.

Observando todo desde el exterior o tratando a la kioskera de *usted*, quizás no sea exagerado afirmar que la distancia que Leandro instituye no es sino reflejo del movimiento del propio

distanciamiento social. Recluido en un ámbito que sostiene como dogma la irreconciliabilidad de la labor policial con la “vida civil” -y que alienta a los Aspirantes “a dejar la vida civil, esa vida de mierda. Ahora tienen que hacer vida de policía⁵”, la transformación que supone el pasaje de civil a policía halla una forma de manifestación en la adquisición de nuevas relaciones y prácticas sociales (lo que implica, claro está, el abandono de las antiguas modalidades).

M: ¿Vos sentís que vas a salir y vas a cambiar, aunque no quieras?

L: Sí, eso es lo que dicen. No sé, qué sé yo...

M: Vas a tener una determinada forma de ser...

L: No es una forma de ser; estoy aprendiendo a ser policía.

M: Bueno, ¿pero qué es “ser policía”?

L: Es un estado. Ser policía no es un trabajo, es un estado.

M: ¿Un estado permanente?

L: Permanente. Vos entrás a la Policía y salís el día que te morís. Si bien cumplís 6 horas de servicio diario, durante 25 años, vos sos policía las 24 horas del día. Aprendés a ser policía. Aprendés a bancarte eso. Aprendés que lo que vos hiciste en el pasado, ya fue. O sea, acá no vas a ir a quejarte a un sindicato, no vas a faltar porque te duele la cabeza, no vas a salir del trabajo y te vas a ir a tu casa. Bah, sí, vas a salir del trabajo y te vas a ir a tu casa, pero en realidad del trabajo no saliste. Sos parte del trabajo. Vas a dormir con la pistola al lado de tu cabeza, con las esposas colgadas al lado de la mesa.

Leandro me explicaba esto una vez terminado el Curso. “Aprendés que lo que vos hiciste en el pasado, ya fue”. Narrar la propia historia es vehiculizar sentidos, en tanto los enunciados a los que se apela funcionan como recursos que permiten informar al otro quién se es, a la vez que sostener, de cara a ese otro, el significado de la propia identidad. Si tales narrativas juegan

un rol tan importante en el proceso de auto-construcción, ¿qué mensaje conlleva entonces la acentuación de ciertos tópicos? ¿Qué implicancias se derivan del eje que Leandro adopta para narrar su historia?

II

Mencionaba previamente que el relato de vida constituye una suerte de *narrativa*. Sostener esta postura implica entender que dicho relato es, ante todo, un relato social. Esto es, no solamente un relato de las vivencias y experiencias de un individuo, sino un relato de éstas según la manera en que el grupo social al cual pertenece las valoriza y conceptualiza.

Así entendida, la narración de la propia vida se construye como un relato por medio del cual el individuo articula su historia personal con la historia del grupo del que es parte. Señalan Kropff y Ramos que las personas narramos nuestras vidas en relación a otros, intentando rescatar sentidos de pertenencia compartidos: “sin incorporar las palabras ajenas y los relatos de otros -con sus tonalidades- en mi propia historia de vida, ésta permanecería internamente fragmentada y carente de una unidad biográfica valorable” (2002: 4).

Es sólo dentro de los marcos de la historia de un grupo -sostiene Halbwachs- que la selección y reactualización de una memoria se vuelve posible, ya que es a través del sostén de una historia colectiva que ese recuerdo cobra sentido (cit. en Giménez-Beliveau 2000). El acto de recordar es una capacidad cuya dirección es guiada por la memoria del grupo: se recuerda aquello capaz de ser significativo al interior de esta memoria. Así, el individuo urde la trama de su historia personal con los mismos hilos

⁵ Tal era el consejo que los Aspirantes oían repetidamente de sus superiores.

con que se teje la historia grupal. Los puntos centrales con que se construye el relato de la propia vida son, de este modo, hitos valorados en la trayectoria colectiva, y reveladores, por consiguiente, de su inserción institucional (e ideológica) en un contexto mayor.

El relato de Leandro, en su carácter de relato social, funciona como un elemento vinculante entre su historia individual y una tradición más amplia, e implica una identificación de su persona con la institución a la que pertenece. En tal sentido, el recorrido que plantea en la narración de su ingreso a la PFA se revela como un fuerte marcador identitario. La acentuación y valoración de ciertos momentos claves de su vida revela su adscripción a la fuerza policial y define, al mismo tiempo, la identidad del grupo, marcando los límites de lo pertinente a rescatar, y estableciendo aquellos elementos de la tradición grupal pasibles de ser reapropiados y utilizados en la invención de la propia historia.

Su relato, construido tan claramente en torno al contraste entre su pasado “civil” y su presente policial, remeda una suerte de “mito de origen”, donde el caos del principio *-rebelde, revolucionario, quilombero, esquinero de barrio-* deja paso a la instauración del “orden”, una vez consumada su pertenencia a la PFA. Que subraye de este modo tal contraste, y que enfatice tanto la separación entre un antes y un después de su ingreso a la PFA, es sin dudas la marca identitaria del grupo al cual pertenece. No fortuitamente, como se verá, la imagen que la institución policial alienta sobre la sociedad civil⁶ se arremolina en torno a ejes de caos

y desorden. Así, el pasado de Leandro, en tanto “civil”, no puede disociarse de elementos que remitan a estos sentidos. También otros Aspirantes retoman, en su discurso, dicha visión institucional:

Más que nada hoy en la calle, la vida es bastante a la que nos criamos. Acá [en la Escuela] se llega a un orden, se llega a un respeto, y aceptar ese respeto por ahí es bastante complicado. Lo que pasa es que todo el mundo acá [en la sociedad] quiere ser, no liberal, sino quiere tener libertinaje: drogarse, emborracharse...

De cara a ese “caos”, la institución policial se erige como una instancia de orden. Se erige, es claro, como una instancia ajena y apartada, y esgrime esa distancia como separación ontológica. Así, el relato de Leandro, construido insistentemente en torno a la imagen de un alejamiento de lo civil, remeda el discurso institucional, recreando su propia historia tal como necesita ser recreada desde su presente policial (como se recordará: de *soretitos* a policías). Esto es, enfatizando esa distancia a partir de narrar su ingreso a la PFA como un *turning-point*. El relato que construye no hace, en este sentido, más que reforzar su ligazón con la institución.

En un artículo que aborda la adquisición identitaria de alcohólicos miembros de Alcohólicos Anónimos (AA), Cain (1991) se pregunta cómo un ritual de iniciación puede transformar la auto-imagen del iniciado y su

la categoría encierra, creo yo, una suerte de narrativa. Esto es, una suerte de colectivo al que se alude cuando el resorte del discurso institucional así lo requiere. Plantear que esta barrera entre policía y sociedad civil es meramente discursiva es entender que la civilidad sólo adquiere significación en relación a una contraposición que los interpela. Dicho en otras palabras, que la sociedad civil parece adquirir la carga peyorativa que adquiere cuando se esgrime como categoría profesional, para definir lo que ellos no son, y no ya cuando alude, por ejemplo, al ámbito de las relaciones personales (familiares y amigos).

⁶ Utilizo este término tal como es usado por ellos mismos: para referirse a todo aquel que no pertenece a una fuerza de seguridad. En su sentido de otredad y oposición a la institución, y frente a la cual se dirime el proceso de construcción del sujeto policial,

identidad social. La respuesta, ya ensayada por otros autores, implica, por un lado, la disrupción de la identidad. Esto es, la transformación de todo lo pasado en negativo. Implica también, por otro lado, su reconstitución: la liberación de la identidad de toda impureza.

Así, relata la autora, en cuanto el recién llegado aprende la historia de Alcohólicos Anónimos y se identifica a sí mismo como un alcohólico de tal entidad, el modelo institucional guía tanto sus acciones presentes y su auto-entendimiento, como su entendimiento del pasado. La inserción en Alcohólicos Anónimos requiere entonces, de sus miembros, no sólo un entendimiento particular del mundo (qué es ser alcohólico, qué es ser un alcohólico AA), sino, además, un entendimiento de sí mismo y de su vida y una reinterpretación de su propio pasado.

“El auto-entendimiento de los individuos que se suman a AA -continúa la autora- debe llegar a reflejar e incorporar el conocimiento organizado por el sistema de creencias de AA; el conocimiento cultural debe transformarse en auto-conocimiento” (1991:211). Lo mismo puede decirse, creo yo, de la inserción en la agencia

policial. Tal como el relato de Leandro deja ver, el ingresante aprende a ordenar los eventos y experiencias de su vida según una suerte de modelo institucional, que guía el conocimiento acerca de lo que significa ser policía y de los incidentes que marcan una vida típica policial. El ingresante aprende, en suma, a contar y a entender su propia vida como la vida de un policía y a entenderse a sí mismo como tal. La historia personal se vuelve así un insumo vital para la adquisición de la identidad social, en tanto se constituye como una herramienta que permite re-interpretar el propio pasado (e interpretar el presente) en los términos que plantea la nueva estructuración del *self*.

El relato de vida deviene, de este modo, una ficción cultural urdida a través de distintos discursos y modelos grupales, que funcionan como marcos dentro de los cuales pensar, definir y recrear la propia vida (Kropff y Ramos 2002). Resulta de ello un movimiento de traslación y reproducción de sentido, desde la unidad grupal a sus componentes individuales. Al narrar la propia historia según los términos que permite la estructuración grupal de la realidad, el relato de vida opera como una metáfora de la trayectoria del grupo.

Bibliografía

- Cain, Carole. 1991. "Personal stories: identity acquisition and self-understanding in Alcoholic Anonymous". *Ethos* 2: 210-153.
- Cavallaro, Renato. 2000. "Sociologia e storie di vita: "il testo", il "tempo", lo "spazio". Biografia, storia e società". *L'uso delle storie di vita nelle scienze sociali*. Comp. Maciotti (comp.). Napoli: Liguori Editore. 63-78.
- Frank, Gelya. 1979. "Finding the common denominator: a phenomenological critique of life history method". *Ethos* 1: 68-94.
- Giménez-Beliveau, Verónica. 2000. "La tradición verdadera: la construcción de la memoria autorizada en un grupo católico en la Argentina actual". Ponencia presentada al VI Congreso Argentino de Antropología Social. Mar del Plata, Argentina.
- Kropff, Laura y Ramos, Ana. 2002. "Esa es mi historia". Memoria y narrativas del yo entre los mapuche". Ponencia presentada en las II Jornadas Nacionales de Espacio, Memoria e Identidad. Rosario: Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- Langness, Lewis y Frank, Gelya. 1981. "Analysis". *Lives. An anthropological approach to biography*. California: Chandler and Sharp.
- Linde, Charlotte. 1993. "What is a life story? Methods and data for studying the life story". *Life stories. The creation of coherence*. New York: Oxford University Press.
- Peacock, James y Holland, Dorothy. 1993. "The narrated self: life stories in process". *Ethos* 4: 367-383.
- Piña, Carlos. 1986. "Sobre las historias de vida y su campo de validez en las ciencias sociales". *Revista Paraguaya de Sociología* 67: 143-162.
- Sirimarco, Mariana. 2004. "Acerca de lo que significa ser policía. El proceso de incorporación a la institución policial". *Burocracias y violencia. Estudios de antropología política*. Comp. Sofía Tiscornia. Buenos Aires: Antropofagia. 245-280.
- _____. 2005. "El ingreso a la institución policial. Los cuerpos inviables". *Anuario de Estudios en Antropología Social* 2006: 97-110.
- _____. 2006. "Milongas: pedagogía del sufrimiento. Construcción del cuerpo legítimo en el contexto de socialización policial". *Revista Interseções* 2: 53-67.
- Watson, Lawrence. 1976. "Understanding a life history as a subjective document: hermeneutical and phenomenological perspectives". *Ethos* 1: 95-131.
- _____. 1989. "The question of 'individuality' in life history interpretation". *Ethos* 3: 308-325.